

Respuesta a Alvaro Bardón

Oposición Democrática y Alternativas Políticas

Por Claudio Orrego Vicuña

El presidente del Banco Central, Alvaro Bardón, ha escrito sobre la oposición democrática a la actual experiencia autoritaria. Recurre a un tipo de razonamiento nada de novedoso: el pasado es algo podrido; el presente es lo único posible; el futuro anuncia el nacimiento de un glorioso tiempo histórico. Ningún régimen autoritario ha dejado de reflejar tal lógica.

Sin embargo, ninguna de las tres afirmaciones de ese razonamiento es correcta. Por lo tanto, las conclusiones son siempre equivocadas.

1.— No es cierto que el pasado sea podrido. Hubo errores, existieron serios problemas; muchos, si no todos, nos equivocamos en muchas cosas. Sin embargo, el país creció, muchos problemas se resolvieron, los chilenos vivieron felices por más de una razón y el país tuvo prestigio internacional y su seguridad nacional firmemente consolidada.

Hay hechos que no son posibles de negar. Después de la gran depresión de 1929, Chile no tuvo otra alternativa que crecer hacia adentro. La economía abierta estaba en ruina. Y el Estado debió suplir lo que el sector privado no era capaz de hacer. Esa política la siguieron todos los gobiernos.

Gracias a ello el país se desarrolló desde 1937. Y gracias a ello puede enfrentar ahora una política de apertura total al exterior sin una catástrofe. Sin ir más lejos, mucho de lo que hoy ocurre en el comercio exterior hubiera sido imposible sin la inmensa obra de la CORFO y sin las grandes inversiones en el cobre durante la Administración Frei. Ni la modernización de la agricultura y el sector forestal y de su infraestructura de comercialización en esos años.

¿O es que en este tiempo se han construido muchos puertos, muchos caminos y muchos frigoríficos, y muchos silos, o se han realizado grandes inversiones? ¿Es acaso la política del dólar diferente a la de 1970? ¿No estaba en 1970 en marcha un proceso de apertura al exterior serio y decidido, si bien con todas las limitaciones de responsabilidad social que impone una democracia? ¿No fue el Pacto Andino un esfuerzo serio de crecer hacia afuera?

Pretender que Chile nace hoy y que todos los gobernantes y hombres públicos del pasado fueron ignorantes, mediocres, incapaces de comprender la técnica y la ciencia, es, a lo menos, una presuntuosidad irreverente.

Por último, es necesario recalcar que los países no sólo viven de su economía. Viven de la libertad y la igualdad de sus ciudadanos. Viven también de su honor y de su prestigio. Viven de su seguridad internacional. Sin ánimo de magnificar el pasado, nadie desconocerá el abismo entre el Chile actual y el de 1970.

En consecuencia, tener respeto por la verdad del pasado, sentir orgullo por muchos de sus logros y añoranzas de muchas de sus virtudes, no parece ser un pecado mortal. Ni un desconocimiento de los problemas y deficiencias que hubo. Es tan sólo ser justos y objetivos.

2.— A partir de la premisa anterior, se postula que el presente es lo único posible. Tampoco ello es cierto. Lo actual ha sido posible hasta ahora, fundamentalmente, porque ha sido respaldado por la fuerza y el ejercicio discrecional del poder. No es posible sostener, civilizadamente, que sólo la fuerza vale. También valen la razón y la moral.

No se trata, tampoco, de sostener que todo en el presente es perverso y que de ello no deberá quedar piedra sobre piedra, ni menos de pretender que este Gobierno no ha tenido algunos éxitos. En definitiva, la oposición democrática es bastante más sofisticada y civilizada que lo que sus detractores quieren imaginar. No se trata de pagar dos veces los mismos precios, ni repetir dos veces los mismos errores, ni soportar dos veces los mismos sufrimientos. Lo que Chile ha vivido es una experiencia que nadie razonable quiere repetir. En consecuencia, se trata de mirar la realidad y aceptar de ella todo lo bueno. No se trata de comenzar de cero.

Por eso, resulta poco serio plantear el dilema liberalismo-socialismo. Como si el Chile histórico (con excepción tal vez del período UP) se pudiera definir como un país socialista. Al menos debe reconocerse que eso no es un dilema válido para quienes sostienen la Doctrina Social de la Iglesia.

Se habla de libertad. ¿Libertad de quién y para qué? Y entonces surgen las sorpresas. Libertad cultural; no, estatismo. Libertad educacional; no, estatismo. Libertad política; no, estatismo. Libertad municipal; no, estatismo. Libertad social; no, estatismo. Libertad académica; no, estatismo.

La libertad de los "liberales" va quedando reducida al ámbito de lo económico. ¿De todos los factores económicos? No, sólo del capital. ¿Y el trabajo? Sometido a la potestad del Estado.

Serriamente, nadie puede pretender definirse como "liberal" en esos términos. El liberalismo es una respetable posición que tiene raíces profundas en la historia de Chile. No es serio pretender reducirlo al problema del mercado, como si las cosas fueran más importantes que los seres humanos.

Además, está el tema de que si lo mismo que se ha hecho no se hubiera podido hacer más humanamente, con mayor consideración con el interés superior del país. Tal co-



Claudio Orrego Vicuña

mo recientemente señalaron en Santiago otros campeones de la libre empresa como Roberto Campos, Martínez de Hoz y Vegh Villegas, en relación a sus países.

Hay muchas cosas que no eran inevitables y que se hubieran podido encarar en forma más moderada y sensata. Así, por ejemplo, no era necesario someter a la industria nacional a una apertura tan acelerada; ni colocar a la agricultura en una situación de desprotección que no tiene ni en los países más ricos del mundo; ni pauperizar la clase media; ni generar un multitudinario ejército de cesantes, aumentado por el exilio económico de miles de técnicos y profesionales; ni el drama de los comedores infantiles y la miseria obrera; ni retirar a Chile del Pacto Andino, permitiendo la unanimi-

culturales, sociales, morales e internacionales que esa política genera: el aumento de las tensiones sociales, la pérdida de la unidad nacional, la desintegración cultural de un pueblo, la acumulación de reivindicaciones, el rencor y la desesperanza.

Con el régimen autoritario hay discrepancias de fondo. En este caso se trata de una discrepancia sobre el tipo de sociedad que se quiere para Chile, de los valores espirituales que la animan y del tipo de relaciones posibles entre las partes que componen la comunidad nacional.

3.—El porvenir es promisorio, sería la conclusión de este silogismo. ¿Hay acaso regímenes promisorios que nazcan de la fuerza y no del consenso de los ciudadanos? La respuesta afirmativa es fácil para un "estatista", pero ciertamente no para un "liberal".

No es cierto que en Chile la oposición democrática viva del rencor, el sectarismo y el espíritu de revancha. No es ella la que está empecinada en la creación de un "hombre nuevo", ni en la de una "democracia protegida", ni en la "derrota final del comunismo soviético", ni en la desaparición de la "democracia liberal".

La tragedia es que no hay espacios sociales ni políticos como para que el país perciba hasta donde los espíritus cambian y la sed de paz y sensatez se abre paso en la mente y el corazón de millones de chilenos.

¿Cómo se pueden medir los cambios espirituales y las alternativas de poder cuando se hacen elecciones sindicales y estudiantiles sin candidatos, sin propaganda y sin debate? Y, sin embargo, la alternativa existe porque el oficialismo es derrotado a pesar de tener todas las ventajas a su favor, y el mundo no se viene abajo.

¿Cómo se va a expresar una alternativa si los trabajadores disidentes no pueden celebrar su primero de mayo y expresar sus puntos de vista? ¿Y si los estudiantes disidentes son expulsados o suspendidos? ¿Y si los políticos que hablan son denostados y amenazados con las penas del infierno?

Pensar que en Chile no hay alternativas al actual régimen es una falta de respeto para con su historia. Este país nunca ha carecido de liderazgo. El tejido social es demasiado sólido; el sentido de organización demasiado masivo; la sensatez muy natural; el amor y el respeto por la libertad demasiado profundo; sus cuadros técnicos serios y responsables.

En definitiva, cuando la oposición democrática reivindica un rápido retorno a una democracia sin apellidos, está actuando con una profunda sensatez en relación a los tres planos analizados.

1) EN RELACION AL PASADO: Está haciendo suya la tradición espiritual y cultural del país, único sustento serio de todo proceso político que busque perpetuarse en el tiempo.

2) EN RELACION AL PRESENTE: Está sosteniendo que muchas tragedias y errores del presente y del pasado reciente resultan inevitables cuando existe una concentración total del poder. Y que en cuadro de equilibrio de poderes, de opinión pública vigilante y de respeto por las opiniones de todos, muchos de los logros positivos podían haberse obtenido con costos muy inferiores.

3) CON RELACION AL FUTURO: Por último, está reivindicando el único camino que hace posible el consenso y la reconciliación nacional. Porque los regímenes autoritarios han demostrado que resultan incapaces de abrir perspectivas estables para el largo plazo, por lo mismo que van contra el sentimiento colectivo, que apelan a la fuerza y no a la razón, que está contra la naturaleza libertaria del hombre.

En Chile existe una oposición democrática responsable, seria y renovada. Harina de otro costal es que ella no les guste a quienes hoy detentan el poder. Pero para dilucidar la razón de cada cual, hay sólo una forma civilizada de hacerlo: que en igualdad de condiciones se permita que el pueblo se pronuncie entre unos y otros en forma libre.

Por eso, no tiene sentido declarar a Chile un pueblo en interdicción, negarle sus derechos democráticos, concluir de que no hay alternativas históricas o de poder, y luego declararse satisfecho de que se avance "lentamente" hacia una institucionalidad fabricada a puertas cerradas.

Al revés. La única alternativa de futuro válida es aquella que pueda nacer del consenso de todos los chilenos. De una gran voluntad de reconciliación. Con una amplia tolerancia. Con un retorno al sentido de la verdad y de las proporciones.

Digamos, con franqueza, que el día que el destino de Chile dependa de un solo hombre, o del simple ejercicio de la fuerza, o de la dominación del pueblo por un grupo, ese día habrá dejado de ser Chile. Habrá nacido una nueva república bananera.

En suma, se trata de volver a una democracia "liberal", como ha sido la tradición y la práctica de los chilenos. Renovada, purificada de sus errores del pasado, demostrativa de que hemos aprendido la lección. Ciento sesenta años de historia demuestran que no somos un pueblo de tontos irresponsables. Nos hemos equivocado, pero hemos sabido corregir nuestras equivocaciones.